

Las aguas del corazón: consideraciones sobre la poesía de Ramón Xirau

The waters of the heart: considerations on the poetry of Ramón Xirau

ASUNCIÓN RANGEL* y LILIA SOLÓRZANO**

*Departamento de Letras Hispánicas,
Universidad de Guanajuato, México*

Resumen

El artículo describe la geografía poética en algunos momentos de la obra en verso de Ramón Xirau, la cual toma en consideración la tierra natal del también filósofo, esto es, Cataluña, y México, país al que arriba en 1939. A partir de una reflexión sobre el origen de la palabra nómada y las diferencias de grado con las acepciones del viajero, del aventurero y del exiliado, se articula una lectura a través de uno de los símbolos por excelencia del viajero, es decir: el mar. En ese tenor, se reflexiona a propósito de la simbología del mar en su poesía como elemento que concilia y separa, así como de la memoria, el tiempo y la presencia, conceptos fundamentales para el filósofo mexicano-catalán.

* Profesora del Departamento de Letras Hispánicas de la Universidad de Guanajuato, en donde imparte cursos de poesía latinoamericana, teoría poética y literatura mexicana contemporánea. Doctora en Letras Mexicanas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde enero de 2013. Miembro del Cuerpo Académico *Estudios de poética y crítica literaria hispanoamericana* (Universidad de Guanajuato) y del *Grupo de Investigación Sobre Historia de la Literatura Mexicana* (El Colegio de San Luis). Es autora de los libros *La pulsión por el viaje de José Emilio Pacheco: su periplo al romanticismo* (Universidad de Guanajuato, colección Estudios Literarios, 2013) y *Pacheco* (Universidad de Guanajuato / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, colección Pequeña Galería del Escritor Hispanoamericano, 2013, isbn: 978-607-441-232-1). Cuenta con publicaciones en las revistas *Semiosis* (Universidad Veracruzana, issn: 0187-9316), *Escritos* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, issn: 01888-6126), *Acta Hispánica* (issn: 1416-7263) y *Confluencia. Revista Hispánica de Cultura y Literatura* (issn: 0888-6091), entre otras.

** Doctora en Literatura por la Universidad Autónoma Metropolitana, maestra en Filosofía y licenciada en Letras Españolas por la Universidad de Guanajuato, es profesora de tiempo completo en el Departamento de Letras Hispánicas de la misma institución. Miembro del CAEC Estudios de Poética y Crítica Literaria Hispanoamericana y del Sistema Nacional de Investigadores-Conacyt. Editora de la revista *Valenciana* (estudios literarios y filosóficos). Miembro fundador de la Cátedra José Revueltas Estudios de Filosofía y Literatura. Líneas de investigación: filosofía y literatura, teoría literaria y poesía hispánica. Publicaciones recientes: *Segovia* (Universidad de Guanajuato, 2017). *Al encuentro del sentido. Diálogos entre la literatura y la filosofía* (coord.) (EON/Universidad de Guanajuato, 2017). *Eliás Nandino. Entre la convicción y el temblor* (UAM/Ediciones del Lirio, 2015). *De la ironía, el amor y la seducción en Kierkegaard* (Universidad de Guanajuato, 2014). *Anagnórisis: el territorio de la reconciliación* (Colsan, 2013). «Trilogía de la memoria. De cómo fugarse entre los pliegues de la geografía de la imaginación» en Elizabeth Corral (editora), *Confluencias. Lecturas en torno a Sergio Pitó* (Instituto Veracruzano de la Cultura, 2015). «La rasesa de Günter Grass y la sociedad-simulacro» en *Paisaje de Letras* (Museo Iconográfico del Quijote, 2015). «Los dominios del deseo. Narrativa de Ana Clavel», en *Paisaje y espacio en la literatura mexicana* (Colsan, 2014). «Lo que se tiene. El intimismo y otros aspectos de la poesía de Fina García Marruz» en *e-Scripta Romanica*, vol. 3, 2016 (Universidad de Ludz, Polonia). «Segrel, una curiosidad de españoles e hijos de españoles en México» en *Cuadernos del Hipogrifo*, vol. 3, 2015 (Università degli Studi Guglielmo Marconi, Italia).

Palabras clave: Viajeros, geografía poética, espejo enterrado, mar, tiempo, presencia.

Abstract

The issue describes the poetic geography in some moments of the work in verse of Ramón Xirau, which takes into consideration the homeland of the also philosopher, that is, Catalonia, and Mexico, country which he arrived up to in 1939. This article starts with a consideration about the origin of the word «no mans land» (nómada) and the differences in a certain degree with its close meanings of traveller, adventurer and exile, so the reading threads through one of the symbols par excellence of the traveller, that is: the sea. In that sense, main reflection concerns about the symbolism of the sea in his poetry as an element that reconciles and separates so as well, as memory, time and the *being there* do. Fundamental concepts for the mexicano-catalan philosopher.

Keywords: Travelers, Poetic Geography, Buried Mirror, Sea, Time, *Being There*.

Las aguas del corazón; consideraciones sobre la poesía de Ramón Xirau

El corazón parece ser el principal símbolo de un ser humano. No es, únicamente, un órgano que bombea sangre; ha sido identificado como la sede de la conciencia o como la residencia del amor:

El juramento de lealtad, el que el caballero caía de rodillas ante su amada y le juraba lealtad hasta la muerte con la mano posada sobre el corazón, sustituye a un ritual más antiguo de intercambio de corazones: el corazón de él debía ocupar un lugar en el pecho de ella y el corazón de ella en el pecho de él, de tal manera que lo que sintiera uno lo sintiera también el otro, como lo sentía Eloísa con Abelardo (Hoystad 155).

Gerardus Mercator, hacia 1538, utilizó el símbolo del corazón al publicar su primer mapa del mundo: «mostró la tierra como si le hubiera quitado la piel de un lado y extendió los dos hemisferios como los lados de un corazón. [...] Para un cartógrafo, utilizar el diseño del mundo como un corazón era entonces como jugar con fuego» (Ross 43-44). En el contexto de la publicación de los mapas de Mercator, es decir, durante el reinado de Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, la osadía del cartógrafo se castigaba con la hoguera. Martín Lutero, cabe apuntar, había pedido a los cristianos mirar dentro de sus corazones para encontrar a Dios.

El corazón, como queda señalado en estos dos ejemplos, es un símbolo robusto y complejísimo. Algunos poetas lo emplean para referirse, no sólo al amor o a la vida misma; lo emplean, como el poeta mexicano-catalán Ramón Xirau, para aludir a las aguas del mar azul que lo separó de su natal

Cataluña. En el poema «Tierra», que abre *El espejo enterrado* (1955), por ejemplo:

Te tengo, mar azul, azul en la memoria:
idea pura y, cierto, viviente desnudez
de aguas del corazón que allí se arrastran (Xirau 21).

Las aguas del corazón, además, esgrimen una suerte de trazo en lo que podemos considerar un mapa sentimental, temperamental y poético en la geografía de Xirau. Un mapa enuncia, además de una idea del mundo, el recorrido que el viajero hace para arribar al hogar o a la tierra desconocida. En el caso de Xirau, su geografía poética se traza a partir de la salida de España en 1939, y recorre todas las aristas que dibuja la brújula en su trayecto por el mar Atlántico hasta su llegada a Nueva York, para luego arribar a México.

Cada uno de los poemas contenidos en su *Poesía completa*, en edición bilingüe, constituye un trazo de la cartografía de este poeta obligado a viajar, a exiliarse en México; cada poema es ese corazón extendido en dos hemisferios –Cataluña, México–, como en el diseño del siglo xvi de Gerardus Mercator. No en vano la nota que abre el texto «Los amigos de Xirau» en *Otros diálogos* de El Colegio de México, apunta: «La amistad entre Martí Soler y Ramón Xirau tuvo en su corazón a la poesía catalana, a Cataluña misma» (Soler 1). Adolfo Castañón, por su parte, se refiere al también filósofo como: «un hombre que parece haber leído y releído más de una biblioteca sin haber empañado la mirada del corazón» (1).

El corazón extendido en dos hemisferios, además, puede ser advertido en la edición bilingüe de su poesía: del lado derecho el poema en castellano, del izquierdo, en catalán. El corazón de Xirau, además, está entre otras dos aguas: la filosofía y la crítica. Nos

es inevitable traer a la mesa una reflexión contenida en *Teoría del viaje* de Michel Onfray, a propósito de los mapas y la representación intelectual que descuellos en ellos. «Todos los mapas sitúan como epicentro el corazón de su representación intelectual. En la mayoría de los casos, uno mismo, la imagen y reflejo de uno mismo» (Onfray 34).

Tenemos así que, en el corazón de su intelectualidad, Xirau resguarda en alta estima la poesía en su lengua materna, pero también, aquellos textos en donde volcó su pensar y sus reflexiones sobre el lazo entre la poesía y la filosofía. Para introducir una descripción de algunos de los contenidos de los textos en donde Xirau reflexiona y discurre sobre la anti-quisísima alianza entre la filosofía y la poesía, nos permitiremos aludir, nuevamente a uno de sus poemas.

En el primer verso de un poema inicia un periplo. El viaje puede ser visto como una manera de leer un poema, de ir adentrándose, verso a verso, dentro de la isla –de la tierra, de la playa– de imágenes, de ritmo, de rima. La lectura del poema puede ser descrita, además, como un ciclo que comienza con la vida del mismo y que, como es de esperarse, muere en el punto final del último verso. En la búsqueda de una ruta de lectura, de una interpretación, luego del punto final del último verso, el poema sigue y seguirá viviendo.

En el poema con el que abre *Playas* (1974), podemos advertir cómo se emprende una travesía en busca de aquello que da título al poema: «Playas de la presencia»: «¿Qué busco en este mundo, sino / tu silenciosa voz / que en el mal pone amor y encuentra amor?» (Xirau 73). En los dieciocho versos restantes, aparecerá en forma de «huella humeante», de «huella luminosa», aquello con lo que va al encuentro el sujeto poemático: la presencia. La «silenciosa voz» que se busca afanosamente a lo largo del poema se cristalizará en los últimos versos como «Una voz de desierto [que] se estremece en las faunas / diminutas del árbol».

Dedicado a Ana María, esposa y compañera del filósofo, el poema señala uno de los tópicos que con regularidad descuellos en la poesía de Xirau: cuando emprende su periplo, el sujeto poemático sabe que es lo que va a salir a su encuentro, lo que le interesa es el cómo y el dónde de ese surgimiento:

¿Y qué busco en las cosas,
sino tu huella humeante,
tu herida luminosa en los ramajes
trémulos de los pájaros?

[...]

¿dónde tu mar secreto,
inmóvil como el tiempo
de la saeta?

La «huella», la «herida», el «mar», son algunos de los motivos que salen al encuentro del sujeto lírico; en la adjetivación, es decir, en el cómo de esos temas, se advierte una de las formas de ser de la presencia: «humeante», «luminosa», «secreto [a]». La reunión de temas concretos –la huella, la herida, el mar–, con formas de ser que apuntan a lo evanescente, a lo que difícilmente se puede apresar, pone en circulación otro procedimiento o disposición que descuellos en la obra del catalán, y no únicamente en el marco de su poesía. Nos referimos al encuentro de dos ideas o nociones que, en apariencia, son disímiles o contrarias.

A diferencia de los títulos que Xirau da a sus libros de poemas¹, los ensayos filosóficos o de crítica literaria, reúnen nociones caras a la filosofía: *Duración y existencia* (1947), *Palabra y silencio* (1964), *Mito y poesía* (1964), *Poesía y conocimiento* (1979) y *El péndulo y la espiral* (1954), por mencionar algunos.

Nuevamente, el corazón intelectual del poeta y filósofo está entre dos aguas, entre dos hemisferios. El título del último libro, *El péndulo y la espiral*, nos permite introducir otra arista de problematización en torno al poeta como viajero, como exiliado.

La querencia, la inquietud

Viajero, peregrino, nauta, vagabundo o paseante. Éstas son algunas, y quizá no muy precisas, maneras en que alguien puede referirse al nómada. Sin embargo, la historia de la palabra, sus orígenes, sus primeros significados, los vocablos de donde proviene, arrojan luz sobre esta noción.

Algunas de las primeras noticias del vocablo nos llegan de la obra de Hipócrates, quien habla de los escitas, llamados nómadas porque no tienen casas y viven en carros (sobre las aguas, aires y lugares). A este respecto ya se lee en *Las suplicantes* de Esquilo, verso 284: «tengo oído también que hay indias que montan en camellos» (2013). Juan Corominas en su

1. Su *Poesía completa* es publicada, en edición bilingüe, por el Fondo de Cultura Económica en 2007, y reúne los títulos *10 Poemas*, *El espejo enterrado*, *Las playas*, *Gradas*, *Dicho y escrito*, *Pájaros*, *Naturalezas vivas*, *Nuevos poemas*, *Lugares del tiempo* y *Poemas dispersos*.

excepcional *Diccionario crítico etimológico castellano hispánico* indica que la palabra proviene del latín y del griego. Se trata de un préstamo de ambas lenguas y procede de *numida*: un antiguo pueblo del norte de África, trashumantes y ganaderos que en algún momento se volvieron sedentarios. Tenemos así que la trashumancia es, de origen, el espíritu de la palabra, y esto apunta necesariamente a la idea de movimiento: ir contra el establecimiento, rechazar el arraigo en un espacio, permanecer en un estado sostenido de desplazamiento. Éste es el estado por excelencia del nómada.

Michel Onfray, en su *Teoría del viaje*, se refiere a otro antiquísimo viajero, o más bien a un antiquísimo errante: Caín. Mientras el pastor –su hermano Abel– recorre vastas extensiones, los agricultores –como su hermano Caín– se instalan, construyen, edifican, levantan poblados, ciudades, inventan la sociedad. Recordamos regularmente la historia del fratricidio, del primer homicidio. Difícilmente, apunta Onfray, recordamos el oficio de ambos: «el pastor de ganado y el agricultor, el hombre de los corderos en movimiento frente al de campo, el que permanece». Caín es condenado por Dios a errar luego de que, envidioso de su hermano, se arroja sobre él y lo mata. «Génesis de la errancia, dice Onfray: la maldición; genealogía del eterno viaje: la expiación. De ahí la anterioridad de una falta siempre aferrada al ser como una sombra maléfica. El viajero procede de la raza de Caín, tan querida por Baudelaire» (14).

Las implicaciones y resonancias que tiene la idea del génesis del viajero son múltiples en diversos órdenes del pensamiento, de la vida cotidiana y, sobre todo, en torno de las manifestaciones culturales –particularmente, la literatura–. No son pocos los pensadores que se han detenido a reflexionar en ello: desde Heráclito de Éfeso (y nos referimos a la cara idea de movimiento eterno de procedencia heraclitiana) hasta un libro que en 1997 publicó el antropólogo Michel Maffesoli: *El nomadismo; vagabundeos iniciáticos* (traducción al español de 2004). En estas dos puntas del pensamiento que podemos situar en los fragmentos del llamado *Oscuro*, hasta el maravilloso ensayo de Maffesoli, se abre un arco extensísimo en donde deben ser mencionados Claude Lévi Strauss, Julia Kristeva, Gilbert Durand, Émile Durkheim, Jean Baudrillard, Jacques Derrida, Hélène Cixous, Walter Benjamin, Georg Simmel, Theodor Adorno, entre muchos otros más. El orden con que los hemos mencionado –por nacionalidades, por tiempos– es deliberadamente caótico. Y una ausencia también es

elocuente: Platón, quien, como es sabido, expulsó a los poetas de la República, pero quien también llama a mantener al margen al extranjero, esa otra forma de referirse al nómada. Tenemos así que de una u otra manera el trashumante –bajo las formas en que sea nombrado– ha ocupado buena parte del pensamiento humano. Y no es para menos. Si pensamos en el nómada como en «el otro», en «lo otro», podemos advertir que justamente la fascinación, la perturbación, el interés o el miedo que lo ajeno, lo diferente, genera no sólo en el orden del pensamiento, sino sobre todo en el orden de la vida cotidiana, pueden funcionar como vértice de la construcción de discursos que nos permiten comprender y habitar en el mundo. ¿No es lo radicalmente extraño aquello que impulsa y alimenta la gana de calar profundo, de penetrar en aquello que se nos presenta totalmente diferente hasta lo entonces visto, hasta lo entonces presentido?

Pensar el nomadismo, disertar en torno de esa idea, sin embargo, no es un equivalente de vivir nomádicamente, si se nos permite la expresión, al ras de la piel, pero también de manera profunda y sostenida. En algunos casos es todo lo contrario. Piénsese en, por ejemplo, otro de los grandes pensadores del nomadismo: Emil Cioran quien no se consideraba ni escritor ni filósofo, acaso pensador. Ni qué decir en cuanto a su origen rumano. A esta raigambre pertenecen, como se ha señalado con suficiencia, Samuel Beckett o Franz Kafka.

¿Nómadas, todos ellos, o viajeros? Al igual que el nomadismo, la figura del viajero es de antiquísimo abolengo. La diferencia, si es que realmente la hay, radica en que el nómada necesariamente debe estar siempre dispuesto a la aventura; y el viajero no debe, precisamente, permanecer en estado perpetuo de traslación, de desplazamiento. Ulises es el viajero por excelencia de todos los tiempos, y él, como nos da noticia Homero, regresa a Ítaca. Así y todo, la problemática se antoja elocuente e interesante, ya que si tenemos en cuenta que el verdadero fin del viaje es no tener fin, quien lleva en el torrente sanguíneo la pulsión por viajar se convierte, muy a su pesar o muy a su placer, en nómada. «Este viaje no tiene principio ni fin. Y sin embargo es necesario que dure eternamente», indica Arsène Houssaye en su «Voyage à ma fenêtre» (en Stiegler 67).

Quizá la diferencia de grado radica en, justamente, que el viajero sabe –aunque llegue a olvidarlo– que pertenece a un lugar, que sus querencias y repulsiones siempre estarán en franca dirección hacia Ítaca, en

el caso del hombre osado, que anduvo errante tras haber arrasado el alcázar sagrado de Troya.

La mente y sensibilidad nómadas son el tronco en que se enroscan con fuerza propia la creación artística y el viaje, y no podría ser de otra forma. Si tenemos en cuenta que:

[...] la génesis de los procesos artísticos y de las grandes creaciones ideales no hay duda que, sin el intercambio viajero, sin los trayectos de estilos e ideas, a menudo a través de vastas extensiones, sería imposible hablar de cultura. Toda cultura es nómada y, al menos en sus orígenes, ha sido sembrada por mentes nómadas (Argullol 75).

El ya aludido Rafael Argullol, en *Aventura. Una filosofía nómada* (2008), expondrá la misma idea en los siguientes términos:

[...] el talante del extranjero, del exiliado o del nómada –del añorante, en definitiva– también se manifiesta en la excitación y el gozo que siente el aventurero por descubrir. La hospitalidad esencial no es una casa situada en un pasado remoto y perdido, sino que está situada delante de nosotros y, en cierto modo, nos devuelve a nuestro propio estado de vivir «a la aventura» (40).

De tal suerte que en el origen de la creación artística se encuentran la mente y sensibilidad nómadas, pero el proceso puede ser pensado a la inversa: la propia creación vista como un intenso y profuso viaje. Piénsese, por ejemplo, en una suerte de movimiento pendular en donde la materia o masa que va y viene constantemente es el viajero, y el punto de apoyo de la cuerda que impulsa el movimiento es, por así decir, la patria. En este caso, la cuerda hace las veces de la manera en que el viajero pone de manifiesto sus peregrinajes, esto es, la escritura: poesía, ensayo, traducciones, narrativa, aforismos, fragmentos. La cuerda es el vehículo, el puente que une, pero también la puerta que cierra, para decirlo con unas algunas de las metáforas que Georg Simmel empleó para referirse a la ciudad:

Refiriéndose a la ciudad [Simmel], la describió como el puente que une y la puerta que cierra. Distancia y proximidad, atracción y repulsión, relaciones a la vez complejas e imbricadas; a este tipo de reflexiones nos conduce esta imagen. Lo extraño y lo extranjero desempeñan para Simmel un papel innegable en las interacciones sociales. Sirven de intermediario con la

exterioridad y por lo tanto son las diferentes formas de alteridad (Maffesoli 45).

Sucede, sin embargo, y a propósito de esa imagen pendular con la que intentamos explicar el nomadismo, que la masa oscilante es también la obra. Será la obra, entonces, la que dibuje un movimiento ininterrumpido, de diapasón, de ir y venir constante y particularmente a diversas maneras en que se pone de manifiesto el pensamiento, la intelectualidad.

Éste es el caso del corazón intelectual de Ramón Xirau: uno puesto entre dos hemisferios, como un péndulo que va y viene de la poesía escrita en catalán a su traducción en castellano; del pensamiento filosófico al crítico; de Cataluña a México.

La simbología en *El espejo enterrado*

El mar es el símbolo del «flujo primordial indistinguible» (Auden 17). También usualmente el mar es visto como una inmensidad poco favorable al hombre y a la civilización, como una inminencia de peligro: por las inundaciones que acarrea a las ciudades que quedan a su vera, o por los naufragios de las embarcaciones. En la antigua mitología griega Poseidón, el dios de los mares, está representado con el ceño fruncido permanentemente y no suele ser de temple tranquilo sino tempestuoso, colérico. El mar, dice Auden, «no es un lugar donde se deba estar, siempre que se pueda evitar, y el intento de cruzarlo revela una actitud temeraria [...] ante la cual deben preocuparse seriamente los amigos de un hombre.» (21). Ésta sería una imagen clásica del mar, la imagen del aventurero Ulises que debe hacerse a la mar para ganar Troya y que debe volver a ella y a todos los obstáculos que se le imponen desde esas mismas aguas para regresar a Itaca. Ni este héroe griego ni Jasón buscan las grandes aguas, se ven arrojados a ellas para poder obtener a cambio una recompensa: en el caso del astuto Ulises, ganancia para él y su pueblo; en el del capitán de los argonautas, obtener el vellocino de oro; en ambos: cumplir su destino. El mar que castiga, cercando la vida como una maldición lo encontramos en «La isla en peso», del cubano Virgilio Piñera:

La maldita circunstancia del agua por todas partes me obliga a sentarme en la mesa del café.

Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer hubiera podido dormir a pierna suelta. (Piñera 87)

También está el mar símbolo de libertad y audacia del individuo. El que se propone como un manto pleno de interrogantes y misterios, signo de vida y derrotero para mil rutas; un mar propio para navegantes que dan la espalda a la ciudad y sus muros como gesto que implica salir en pos de otra cosa, trasgredir lo que se oponía como barrera y que ahora aparece como un ancho cauce. Salir a fundar otra ciudad en otras tierras. En este caso el océano es respuesta siempre nueva, transparente. Así se lee en «Brisa marina» de Stéphane Mallarmé:

¡La carne es triste y ya leí todos los libros!
 ¡Huir, huir allá! Siento a las aves ebrias
 De estar entre espumas ignoradas y cielos. Nada,
 Ni los viejos jardines que los ojos reflejan,
 Retendrá a este corazón que se temple en el mar,
 ¡Oh noches!, ni la claridad desierta de mi lámpara
 Sobre el papel vacío que la blancura veda,
 Y ni la joven madre que amamanta a su hijo.
 ¡Partiré! Nave que balanceas tu arboladura,
 ¡Leva por fin el ancla hacia exóticas tierras!
 Un hastío asolado por crueles esperanzas
 Aún cree en el supremo adiós de los pañuelos.
 Y quizá los mástiles, que a la borrasca invitan,
 Son de los que un viento sobre el naufragio
 Inclina, perdidos, sin palos ni fértiles islotos...
 Mas oye, corazón; ¡el canto de los marineros! (55)

En cambio, otras aguas inducen a la reflexión, producen un oleaje de caballos blancos que siempre recomienzan, como la vida misma: «La mer, la mer, toujours recommencé!» (Valéry 40).

En el mar que aparece en el primer poemario de Ramón Xirau *El espejo enterrado*, publicado en 1955 en la célebre colección Los Presentes, del narrador Juan José Arreola, concurren varias circunstancias. Dividido en 5 partes: I Tierra, II Tiempo, III Imágenes, IV Fábulas, V Cantos, es, no obstante la primera impresión de sus secciones, un poemario breve: no más de 25 cuartillas, y casi en su mayor parte podemos leer alguna referencia al mar de forma directa o sesgada, con un decir que lo es por ausencia, de forma oblicua. Tenemos: mar azul, aguas del corazón, mar de Ulises, marineros, algas, naves, olas, astilla, bajel, arena, barca, peces, gaviotas, velas, playa, brisas, espumas. La enumeración puede ser significativa en sí misma para indicar una inclinación temática o un interés del poeta hacia el asunto. Pero importa ir un poco más a la nuez. Sabemos que Xirau nació en Barcelona en 1924 y que arribó a México el 5 de septiembre de 1939, según se anota en la

cartilla expedida por el Servicio de Migración, a la edad de 15 años, como parte de los miles obligados a dejar su país luego del triunfo del franquismo. Era un exiliado adolescente, no de los conocidos como «Niños de Morelia» o «Niños de la guerra» llegados al país en el barco francés *Mexique* un par de años antes. Él venía en busca de un refugio junto con su padre, el también filósofo Joaquín Xirau, su madre Pilar Subías, y el tío Joan Xirau. Uno de sus primeros poemas se refiere a los bombardeos cotidianos de 1938. Ya se ve entonces que el mar va metiéndose en la entraña de este catalán como circunstancia de vida: primero, por su nacimiento y adolescencia; segundo, por la enorme travesía del Atlántico que le obliga a dejar su tierra y su raíz. La primera presencia del mar es una alegría de vida: la familia, el árbol dorado de la infancia; la segunda se impone como herida, una desgarradura; pese a haber hecho suyas, según testimonio propio, las palabras de su padre una vez radicados en la Ciudad de México: «Mientras se está aquí, se está aquí».

La poesía de Xirau es una escritura que parte de una impresión o sensación para irse decantando, discurriendo en un pensamiento. Y en *El espejo enterrado* la presencia más viva indiscutiblemente es una ausencia, por paradójico que esto suene, una falta: el recuerdo de la patria que quedó atrás. En este sentido el espejo no está presente solamente como una superficie que refleja sino que desvela. La idea de «espejo enterrado» en su primer poemario hace referencia a la carga histórica y cultural del viajante, al peso de su circunstancia en el forzado peregrinar de España a México; una simbolización equivalente a la de algunas antiguas culturas mediterráneas que acostumbraban enterrar a los muertos con espejos y otros objetos personales. En esta especie de diálogo ríspido de ida y vuelta que ha sido la relación entre México y España desde 1492, el relato se ha revertido: los primeros viajeros españoles al continente americano lo hicieron con el arcabuz y el evangelio como armas dominantes; 500 años después su vuelta a México es obligada por eventos políticos. Xirau, como muchos, es un refugiado, pero este hecho ni le enemista con la nación de acogida, ni le impele a olvidar de dónde viene -tampoco cede al tentador capricho de aprovechar su situación de exiliado para conseguir alguna lisonja o prebenda. José Gaos, reflexiona en «Confesiones de un transterrado» (2015) sobre la diferencia que se establece entre el *ser* miembro de una comunidad por pertenecer a ella desde el origen o nacimiento y el *hacerse* miembro de una colectividad o sociedad. Pone literalmente:

«de las *comunidades* se es miembro por el nacer y formarse en ellas, independientemente, en el origen, de la voluntad de serlo y aun contra esta voluntad ulteriormente, a diferencia del *hacerse* miembro de las *sociedades* por la voluntad de cooperar con otros a la consecución de sus fines» (153). La idea deriva hacia una puesta en relación de la patria de origen y la patria de destino. En el caso de Xirau, de España, específicamente la región de Cataluña conservada y revivida por la lengua en su poesía; y México, mapa de acogida que se convierte en su destino físico y espiritual por el resto de su vida. Gaos añade: «Así, podría un español de nacimiento hacerse mexicano tan de corazón como un mexicano de nacimiento, si el hacerse mexicano pudiera -como a mí me parece que efectivamente puede- concebirse como un seguir siendo español, pero en una forma imposible en la patria de origen, más perfecta que la posible en la patria de origen, ideal para la patria de origen» (153-154). Pero a Xirau no le convencía mucho el término «transterrado» de Gaos. En la conferencia que este último dio en ocasión de la celebración del cincuentenario de la fundación del Instituto-Escuela de Madrid, a invitación de Francisco Giner de los Ríos, se pronunciaba «empatriado» ya en México, para decir que había «aceptado el destino mexicano» (141) ante el convencimiento de que ya no volvería a España; o en dado caso que lo hiciera, su país sería otro, al igual que él mismo:

Había llegado a México a cumplir los treinta y ocho años. Era la mitad de una vida, toda una vida, una primera vida. La estancia en México, no tanto por cuanto iba a durar, según las previsiones, sino sobre todo por la decisión de emprenderla en plan definitivo, iba a representar una segunda vida. La vuelta a España nunca sería la vuelta a la primera vida. La España de la eventual vuelta después de lo que venía pasando e iba a pasar aún, entre ello, sobre todo, una guerra mundial, no sería la España dejada. La vida en ella tendría que ser, forzosamente, una tercera vida. ¿No eran demasiadas vidas para vivir ninguna cabalmente, o por lo menos, lo más cabalmente posible? (141)

Se sentía no desterrado ni exiliado sino trasplantado de una tierra a otra igual de familiar, con posibilidades de trabajo en la Universidad (ellos fueron, según su testimonio, los primeros profesores de carrera en la UNAM), con esperanzas de una vida próspera y fructífera. Nuevamente Gaos: «siento que trabajar en México y para México es trabajar en España y para España» (145). Hay que entender

que el pensador naturalizado mexicano apuntaba hacia todo el cúmulo de relaciones históricas entre ambos países, lazos que se remontaban hasta Colón. Y pese a que no hay que olvidar que la relación con Gaos, a Ramón Xirau le viene de su padre, don Joaquín, mencionado por el filósofo asturiano como «la figura más eminente de toda la escuela [se refería a la de Barcelona]» (156); a los ojos de Ramón su circunstancia se le presenta de forma un tanto diferente, como ya se bosquejó líneas arriba. Para el mexicano-catalán el sentimiento de retorno fue muy fuerte en los primeros años, pero paulatinamente se fue disolviendo, enredando en su propia historia de vida. Acá conoció y se casó con Ana María Icaza, pintora, de familia liberal de izquierda. Acá tuvo a su hijo Joaquín y acá lo enterró. Acá entonces, echó sus raíces y las afianzó muy tierra adentro. El espejo enterrado viene a simbolizar aquella patria de la otra orilla del Atlántico que viene a cuestras y también que fluye como río profundo; que está siendo permanentemente en su aquí y ahora, junto a la nueva patria que le acogió.

Xirau habla en «Las naves» poema que abre *El espejo enterrado*, de un «mar azul, azul en la memoria: / idea pura y, cierto, viviente desnudez / de aguas del corazón que allí se arrastran, / ¡mar de ulises sencillos, marineros de algas!» (Xirau 21). Por principio de cuentas el azul que en un primer momento es adjetivo que muestra una cualidad tonal de la masa mediterránea, a la segunda mención se vuelve ratificación y también deslizamiento hacia una abstracción: es ahora «idea pura» pero que se trae a ese instante en el autor como la rememoración de una vivencia, más todavía, es vivencia pura «viviente desnudez de aguas del corazón» de aquellos momentos que se han quedado como parte constitutiva del ser que eso predica. El lector también puede actualizar esa vivencia del otro que se convierte en el «dador» de la palabra poética. Al respecto señala Xirau que el tiempo en realidad no discurre, el tiempo ocurre en la conciencia y en ese ocurrir radica la presencia. Vivimos en la presencia, ella es nuestra estancia. Porque al tiempo normalmente lo percibimos como un discurrir entre el pasado y el futuro, y un presente que se disuelve en su instantaneidad. Pero esto nos conduce al problema o paradoja de su disolución o negación. La solución de Xirau es pensar en una fusión y coordinación de tiempos. Un hacer presencial los diversos momentos del tiempo. Un estar siendo. «Es el poeta -afirma Xirau- el que puede darnos el sentido de la realidad» (105), lo cual ejemplifica con unos versos de uno de sus poetas predilectos, el catalán medieval Pere March:

En cuanto se nace se empieza a morir
y muriendo, se crece, y, creciendo, se muere de continuo,
que ni un momento se deja de hacer vía
ni para comer, ni yacer, ni dormir...

Pere March (105).

Ramón Xirau consideraba que la poesía, lo mismo que la filosofía, es también una forma de conocimiento. Él escogió su nativo catalán para el decir poético, y el castellano para el filosófico. Lengua callada, el catalán, marginada en la España del 36, la elige porque si su despertar al mundo fue catalán, esa es su lengua natural; y la poesía se debe decir en la lengua natural. La lengua catalana es su *ethos*, la poesía es manifestación de su *ethos*.

Regresando al poema «Las naves», vemos que también se hace mención de la figura mítica de Ulises, aunque acá se vuelve genérico y plural «mar de ulises sencillos», como aludiendo no al héroe y aventurero, arquetipo del viajero, sino al marinero natural que vive de lo que el mar le ofrece y todavía provisto de una cierta ingenuidad antes de lidiar con tantos avatares; o a lo mejor ya de vuelta de ellos, con el sosiego en el corazón a causa del regreso al hogar, al reconocimiento por parte de los suyos, ese reconocimiento siempre vital y necesario del que me sabe y me quiere y me espera, que me admite de vuelta en su espíritu.

Podría afirmarse que la poesía de Ramón Xirau es un «reflejo del mundo» pero también es un pensar sobre el mundo, una poesía de la experiencia. Este término «experiencia» lo traigo a colación desde la discusión propuesta por José Ortega y Gasset en su curso de 1929, en la Universidad de Madrid, titulada ¿Qué es filosofía? Ahí, entre otras cosas, expone cómo, a su parecer, las ideas eternas se concretizan en los hombres, se vuelven parte de su pensamiento. Las ideas pueden viajar en esa nube de lo eterno pero en todo momento que se piensan «bajan» de ese éter de lo abstracto y se ponen en acto en el hombre.

Nuestros pensamientos nacen y mueren, pasan, vuelven, sucumben. Mientras tanto, su contenido, lo pensado, permanece invariable. [...] Lo que acontece realmente en el tiempo es el acto psíquico con que las pensamos, el cual es un suceso real, un cambio efectivo en la serie de los instantes. Nuestro saberlas o ignorarlas es lo que, en rigor, tiene una historia. Lo cual es precisamente el hecho misterioso e inquietante, pues ocurre que con un pensamiento nuestro, realidad transitoria, fugaz, de un mundo fugacísimo, entramos en posesión de algo permanente y sobre temporal. (281)

La experiencia emerge del pensamiento puesto en acto, pero esto no es distinto de lo que llamamos realidad. No es distinto y no está separado: no van por un lado las cosas y por otro el pensamiento. Preguntarse por el todo es parte constitutiva del hombre; todo lo que hay en el mundo es su preocupación. La tarea contraria es inhumana. Pero ese todo que nos circunda, más o menos próximo, cuando es parte de nuestra circunstancia, de ese entorno que afecta directamente mi radio de acción y de pensamiento debo confrontarlo con un conocimiento autónomo al interior de mí mismo; esas verdades que se han alojado en una reflexión íntima, en contraste y tensión con la mundanidad. Subjetividad y objetividad en dialéctica relación permanente. Pero también subjetividad que se relaciona con otras subjetividades. La poesía abre un cauce de subjetividad que no aísla sino religa, pone en contacto uno con otro, relaciona subjetividades y pone en acto todo el potencial de lo que comúnmente denominamos memoria, descamando de los recuerdos, como si de laminillas se tratara, todo aquello que los emparenta con lo estático o fijo, desprendiendo ese sentido del tiempo como aquello que se quedó paralizado en otro espacio, en otra dimensión de la vida.

En este tenor se inscriben las ideas de Xirau sobre la experiencia de lo vivido: lo vivido no se queda atrás, en un pasado que solamente admite recuerdo de aquello que se quedó allá con nostalgia nombrada a la ligera, con pesadumbre o abatimiento, pensando que la vida se quedó varada en ese lugar a donde ya no llego, a donde ya no puedo volver. En el poema «¿De qué materia estás hecha?» el mar azul guarda un secreto y el poeta lo busca afanosamente:

¿Dónde estás? Te persigue
mi mano herida. Un lirio blanco,
mar blanco, puro, astilla, lima,
bajel de arena, torres de agua clara.
¡Oh, azucena! Lejanas espesuras
planean sobre el campo. No lo sé. Nada más.
Secreta umbría, lima de remolques
me busca junto a ti. Por las montañas
el mismo hielo usual hace costumbres
de varas blancas. ¿Dónde estás, tierra de luz?
Te persiguen las manos, y te palpan mis ojos.
Mis sentidos, mis caminos te persiguen,
palpan, escogen. Junto a la barca, el casco
renueva viejas luchas de peces delicados.
Una mirada. Y ¿dónde estás? Bandas de fauna
habitan mi recuerdo, con secretos hechizos.
¿Dónde estás, arena, lima, lazo?

Unas límpidas manos bajan del cielo blanco,
lirio, de luz, te dan desazón las miradas
de mi recuerdo que te persigue en las rocas (23).

El recuerdo del mar es la vivencia de su pasado vuelto ahora, en un aquí que continúa, un *siendo*, que no acaba, que no principia. O en todo caso que inicia sin temporalidad que la siegue, una duración que dura. Porque así es la palabra poética, «la lectura vertical, la inmersión en el pequeño abismo que es cada palabra, fértil buceo sin escafandra» (Ortega y Gasset 318). Xirau tenía una máxima rectora agustiniana «Deus meus pondos meus», algo así como «mi amor es mi peso» o dicho de otra forma, valgo lo que ofrezco en amor. Considerar el máximo gesto de amor del ser humano a la palabra, la palabra poética, constituyó en gran medida la semilla -y creemos no exagerar cuando añadimos el fruto- de su obra. Si concordamos con Xirau, la poesía nos permitiría un conocimiento más profundo del ser humano y del mundo, y en ese sentido nos conectaría de manera más intensa, auténtica o verídica con el otro.

Bibliografía

- ARGULLOL, Rafael. «Aventura», *Enciclopedia del crepúsculo*. Barcelona: Acantilado, 2005.
- ARGULLOL, Rafael. *Aventura. Una filosofía nómada*. Barcelona: Acantilado, 2008.
- AUDEN, W. H. *Iconografía romántica del mar*. UNAM, México, 1996.
- CASTAÑÓN, Adolfo. «Ramón Xirau», *Letras libres*, 36, (2001): 1.
- COROMINAS, Joan. *Diccionario crítico etimológico castellano e hispano*. Madrid: Gredos, 1984.
- ESQUILO. *Tragedias completas*. Ed. y trad. José Alcina Clota. Madrid: Cátedra, 2013.
- GAOS, José. «¿Cómo hacer Filosofía?», en *Cima*, 6, (1942). Recogido en *OC VI*, UNAM: México.
- GAOS, José. *Materiales para una autobiografía filosófica*, México: Bonilla Artigas/Conaculta, 2015.
- HOYSTAD, Ole Martín. *Una historia del corazón*. Trad. Cristina Gómez. Buenos Aires: Manantial, 2008.
- LÓPEZ MOLINA, Andrés. «La experiencia filosófica en Ortega y Gasset» en *Logos: Anales del Seminario de Metafísica*, 18, (1983): 11-34.
- MAFFESOLI, Michel. *El nomadismo: vagabundeos iniciáticos*. Trad. Daniel Gutiérrez Martínez. México: FCE, 2004.
- MALLARMÉ, Stéphane. *Poesías*, Federico Gorbea (trad.). Barcelona: Plaza y Janés, 1982.
- ONFRAY, Michel. *Teoría del viaje*. Trad. Juan Ramón Azaola. Buenos Aires: Taurus, 2016.
- ORTEGA Y GASSET, José. «¿Qué es filosofía?», en *Obras completas*, vol. VII, Madrid: Alianza Editorial/Revista de Occidente, 1983.
- PIÑERA, Virgilio. *La vida entera*, México: Lectorum, 2012.
- ROSS, Val. *El asombroso camino de los mapas. Grandes historias de cartógrafos y exploradores*. Trad. Violeta Linares. Caracas: C.E.C., 2005.
- SOLER, Martí. «Los amigos de Ramón Xirau», *Otros diálogos*, 1, (2017): 1.
- STIEGLER, Bernard. *La quietud en movimiento: una breve historia cultural de los viajes en y alrededor del cuarto*. Trad. Griselda Mársico. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- VALÉRY, Paul. *El cementerio marino*, Madrid: Alianza editorial, 1980.
- XIRAU, Ramón. *Sentido de la presencia*, en *Obras. Filosofía de la presencia*, vol. 3, México: El Colegio Nacional, 2015.
- XIRAU, Ramón. *El espejo enterrado*, en *Poesía completa*, México: FCE/UNAM, 2007.